

Homilía pronunciada por D. Carmelo Jiménez Gonzalo en la Misa de cuerpo presente

¡Loado seas mi Señor por nuestra hermana la muerte corporal de la Madre Clara!

Creedme, hermanos. No encuentro otro comentario ni otra sugerencia para proponer a vuestra consideración en estos momentos que esas palabras con las que nuestro Padre San Francisco quiso terminar su Cántico del Hermano Sol.

San Juan, en el texto del Apocalipsis que acabáis de escuchar, nos dice que es bienaventurada la muerte de los que mueren en el Señor porque sus obras les acompañan. Les acompañan sus obras.

Hace cincuenta años la Madre Clara atravesaba por primera vez la puerta reglar del convento para consagrarse a Dios durante toda su vida. Desde que ingresó en el Monasterio: sus obras.

Vosotras, algunas de las monjas que me escucháis, recordaréis sin duda sus primeras obras que después se multiplicaron fecundamente a lo largo de toda su vida religiosa.

Las obras de la Madre Clara fueron sus virtudes heroicas. Virtudes que siempre practicó con constancia y fervor singular. Alma sencilla y humilde como la tierra. Alma enamorada de la pobreza, émula de San Francisco y Santa Clara. Desprendida y generosa. De fe firme e inquebrantable. De caridad y amor que no tenía tasa ni medida. Alma eucarística hasta la locura.

Sus obras. Sus virtudes, que el Señor quiso, para que fueran más franciscanas, adornar con una poesía y un lirismo extraordinario. Para ser más hija fiel, mejor espejo de las virtudes de San Francisco y de Santa Clara, tenía que ser también poeta y hacer de su vida un canto a la naturaleza, a Dios y a las criaturas del Señor.

Yo sé que la Iglesia no quiere que, en estos momentos de las honras fúnebres, se haga en la homilía una especie de panegírico de los difuntos. Pero permitidme, porque yo no acierto hoy a decir otra cosa, permitidme, hermanos, que os siga hablando de las obras de la Madre Clara. Que hoy haga una excepción para deciros algo de lo que ella fue, de lo que es y seguirá siendo para este Monasterio: la Madre.

Porque el Señor quiso que, pasando el tiempo, sus virtudes tuvieran una proyección y una influencia extraordinarias en toda la vida y el desarrollo de la Comunidad. El Señor quiso servirse de ella como instrumento para bendecir a esta casa y derramar aquí generosamente sus dones. Y así, hace ya treinta años, logró la instauración solemne de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento en esta iglesia, en la que, desde entonces, las hijas de Santa Clara todo el día y toda la noche están postradas en vela y adoración ante Jesús Eucaristía. Y millares de hombres y mujeres de Soria han encontrado en este templo, a las gradas de este altar, el fervor y el consuelo de su devoción eucarística ante el Señor confidente de sus almas.

El Señor también quiso que ella fuera la promotora de una renovación espiritual intensa de la Comunidad hasta dar el paso a la profesión de la primera Regla. Aquella Regla que, con la inspiración divina, escribió para las Hermanas Pobres la propia Santa Clara, hija predilecta, plantecilla de nuestro bienaventurado Padre San Francisco.

Y la renovación material para que las obras de la Madre Clara se vieran también sensiblemente. Aun antes de que la Santa Madre Iglesia diera un giro de ciento ochenta grados en la concepción y en la orientación de la vida de clausura para nuestros tiempos ya fue ella una verdadera adelantada de la organización del trabajo material de la vida monástica y de la promoción humana, intelectual y espiritual de las monjas.

Solamente estos tres capítulos: la renovación total del convento, el fervor eucarístico plasmado en la adoración perpetua y la profesión de la primera Regla, sirven sobradamente para dar a esta mujer el título de segunda fundadora de las Clarisas de Soria.

La proyección espiritual fue después más amplia porque se extendió, desde la Federación de monasterios, a las casas que dependían de su asistencia como consejera de la Federación de Clarisas de Cantabria.

En todos los Monasterios donde ella ponía su mano surgía la adoración al Santísimo Sacramento solemnemente expuesto en el Altar. A todas las monjas y a todas la Comunidades a las que ella llegaba, personalmente o con sus cartas, llegaba también la inquietud por la profesión de la primera Regla, y por la renovación intelectual y humana, espiritual y religiosa de todas las monjas.

Esas son las obras que la acompañan. Las obras que hoy la hacen bienaventurada.

Nosotros, hermanos, estamos aquí en esta concelebración eucarística para ofrecer al Señor el santo Sacrificio de la Misa que es un Sacrificio impetratorio y propiciatorio. Que se eleva hasta el Cielo para pedir a Dios el perdón de los pecados y para alcanzar la remisión de las culpas de los vivos y difuntos.

Pero en la Misa que yo voy a celebrar y conmigo estos sacerdotes concelebrantes y vosotros, hermanos que asistís a la asamblea, permitidme que acentúe las otras dos notas teológicas de la Santa Misa: la Eucaristía, de acción de gracias al Señor, y una alabanza por la muerte de la Madre Clara. Porque sus obras la han acompañado en esta muerte y la hacen hoy bienaventurada.

No queremos hacer al Señor el reproche de Marta en el Evangelio que acabamos de leer: *“Si hubieras estado aquí nuestro hermano no hubiera muerto”*. Nosotros sabemos que el Señor estaba aquí y, porque estaba aquí, nuestra hermana ha muerto con Él. Y porque Él es la Resurrección y la Vida aceptamos la muerte de la Madre Clara, con el consuelo sobrenatural y con la fe que también Marta confesó después.

Por eso: ¡Lorado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal de la Madre Clara! Amén.